

Lenin, vida y verdad

Reseña del libro: Alponente, Juan María. Lenin. Vida y verdad. Esclarecimiento de una época, México: Ed. Grijalbo Mondadori, 2002: 332 p.

El autor de este libro, español de nacimiento que fue expulsado a México por la dictadura de Franco en 1962, se formó en su nueva patria como escritor político fecundo y reconocido. Juan María Alponente da a su estudio un temperamento serio y profundo, con un estilo castellano multiforme, audaz y con un dramatismo que corresponde a la personalidad y al destino de Lenin. A mí, que como historiador ruso he escrito más de un estudio sobre Lenin y su política, el libro de Alponente me impresionó por su falta de clichés, por su exposición libre y su composición original. El autor basa su trabajo en una cantidad de estudios importantes, inclusive recientes y, lo que es esencial, en la descripción más o menos fiel de la vida de Lenin. Hay, sin embargo, algunas inexactitudes que no serán, estoy casi seguro, percibidas por los lectores mexicanos, por ejemplo, en sus postrimerias Lenin fue autorizado para dictar sólo unos minutos diarios, y no escribir (como lo afirma Alponente), porque le faltaban capacidades físicas después de sus hemorragias (p.11); la palabra correcta sería pogroms y no progroms (p.24) que no eran sino persecuciones contra judíos en Rusia, devastando sus viviendas y bienes, sin excluir, tal vez, matanzas; el último de los tres pilares de la Rusia zarista no era la nación, era la narodnost, "pertenencia al pueblo" (pp.30&182); María Spiridonova, una de las líderes del partido social-revolucionario, falleció no "en una prisión estalinista", sino fusilada sin juicio con un denso grupo de presos políticos cerca de la ciudad de Orel, en septiembre de 1941, por orden de Stalin en plena ofensiva nazi, aunque ella siempre fue una enemiga resuelta del militarismo alemán (p.163); Kossyguin nunca fue considerado sucesor de Brezhnev (p.314). En la "cronología significativa" se omiten dos años, de 1919 a 1921, obviamente por error de redacción. En el libro también hay erratas, sobre todo en nombres rusos, pero todo esto es secundario. La casa editorial tiene razón al comentar que el libro es como una visión integral de Lenin.

Sin duda alguna Lenin, siendo un gran político, era despiadado con los que consideraba enemigos de clase. Condenó a la muerte, sin juicio, a la familia imperial rusa, incluyendo al joven heredero. Predeslinó a la perdición a millones de personas en la guerra civil, pretendiendo que los sacrificios serían todavía menores que en la guerra "imperialista". Sugirió

acciones horribles, como el fusilamiento de docenas de miles de religiosos y creyentes; y, como él mismo expresó en una misiva a sus colegas, realizó "una serie de crueldades para que el clero no lo olvidase en unas décadas". Esta misiva permaneció secreta hasta la perestroika gorbachoviana y no se publicó, ni siquiera, en sus Obras completas. Lástima que Alponente no la citara.

Lenin consideraba a su partido como una palanca para voltear a Rusia. Voltearon y ¿qué? Gracias a Lenin y Stalin, a sus dictaduras, Rusia perdió en total más de 60 millones de vidas humanas, sin contar un tercio de su territorio (esto más tarde, gracias a Yeltsin, por su disolución de la Unión Soviética). Alponente objeta justamente los métodos de Lenin y Stalin: "La violencia no es la madre de la historia; es su madrastra" (p.166). Y, en un otro lugar cita: "Una hecatombe ética permite el absolutismo. Peor aun: la ceguera" (p.153).

Cierto que bajo Stalin la URSS se transformó en una súper potencia con armas de destrucción masiva. No obstante hoy está claro que el éxito de la competencia se determina, no tanto por la potencia del ejército, cuanto por el apoyo del pueblo y su identificación con la dirección del país. Mientras Lenin y Stalin imponían al pueblo sus planes y su dominio, no los coordinaban considerando las aspiraciones de aquél. Lenin transformó a Rusia en un estado totalitario que no tenía nada que ver con la democracia. "Sería sin duda —opina Alponente— una tragedia ética y política" (p.40). Tragedia más para los pueblos de Rusia, ya que correspondía plenamente al carácter de Lenin y a sus concepciones también totalitarias. Aunque el autor tiene razón en el sentido de que la falta de la democracia en la Rusia leninista y posleninista cerró la vía a un desarrollo más razonable, sin sacrificios millonarios inútiles.

El autor no se limita a la vida propia de Lenin, pero lógicamente descubre sus consecuencias, sobretodo en cuatro postscripta que tratan los hechos, después de Lenin, "en las murallas del Kremlin"; son apéndices que acentúan el carácter casi novelesco del libro. Apasionante es, por ejemplo, el capítulo sobre el gran amor de Lenin, una belleza francesa llamada Inessa Armand.

Frecuentemente Lenin se describe –sus libros no son la excepción– como un intelectual, una persona culta. No es exacto. Su preparación cultural, su entendimiento de la cultura era unilateral, él la consideraba sólo bajo el punto de vista de su utilidad para la revolución. Por eso calificaba a los intelectuales –en su correspondencia con Gorki– no como los cerebros de la nación, sino como su “mierda”. Lógicamente el terror leniniano –y estaliniano– se dirigió en gran parte contra los intelectuales, encarcelando o exiliando a personalidades universalmente estimadas (por ej., el famoso “barco filosófico” del año 1922 donde Berdiaev y otros pensadores fueron exiliados a Europa Occidental al son del lema de Lenin: “Limpiamos la Rusia por largo tiempo”). Paradójicamente este exilio con todas sus sacudidas salvó la vida de estos hombres que habrían perecido en la Rusia estaliniana.

Hijo de un profesor ruso, Lenin, sin embargo, despreciaba al pueblo ruso con sus tradiciones nacionales, reconociendo, como discípulo convencido de Marx, sólo los intereses de la revolución mundial. Claro que la suerte de su hermano mayor, Alejandro, tuvo un papel importante; en el año de 1887 fue condenado y ejecutado por haber participado en la preparación del atentado contra el zar. Posteriormente Lenin se vengó de la familia imperial rusa, condenándola a la muerte. Paradójicamente su sucesor Stalin, aunque georgiano étnico, puede considerarse culturalmente más ruso que Lenin. A éste, a diferencia de Stalin, el patriotismo –el autor lo nota– le era algo ajeno. Rusia le importaba no como su patria, sino como la base eventual para la revolución mundial. Por eso Lenin, al prometer a Rusia paz al momento de la revolución de octubre de 1917, la arrastró a una guerra civil sangrienta e implacable que costó millones de víctimas. No obstante, a Lenin no lo turbaba el precio de la victoria, ni la necesidad de engañar a su pueblo. En su polémica con Lenin el autor acentúa “algo esencial: que la política es inseparable de la ética y que los medios no justificarán nunca los fines” (p.238). Y, justamente caracteriza el éxito de Lenin como “triumfo y tragedia de la utopía” (p.235).

Alponte considera como el error más grave de Lenin exigir “todo el poder para los Soviets” en vez de

optar por el acuerdo con los (otros) socialistas que, como Kerenski, buscaban una solución moderna y democrática para el país. La conjunción de las dos fuerzas negociando el futuro habría salvado a Rusia, probablemente, del estalinismo y de la barbarie autoritaria de los burócratas de la nomenklatura (p.28). El principio es correcto pero contradice la concepción política de Lenin, quien quería todo el poder para su partido, así que, “el poder de los Soviets” no era más que una cobertura del poder del partido de Lenin o, más correctamente, de su cima.

Antes y durante la perestroika, muchos de mis colegas y yo hemos idealizado a Lenin en nuestros escritos, con y en pos de Gorbaciov, contraponiéndolo a Stalin, cuya política debería ser repudiada. Es cierto que en su famoso “testamento” Lenin recomendó destituirlo como secretario general del partido bolchevique, pero no propuso a nadie para su puesto. Así, por motivos de la lucha por el poder, Stalin lo conservó. Basándonos en esta característica leniniana negativa de Stalin, hemos considerado a Lenin como un previsor. Pero Alponte cita ejemplos cuando sus previsiones, ante todo sobre la revolución mundial, resultaron erróneas. Sin embargo, su influencia espiritual en Rusia y en el mundo era enorme. Lógicamente surge la pregunta: ¿sería posible un nuevo Lenin o el renacimiento de su influencia? A escala mundial parece absolutamente imposible, en primer lugar por el descrédito del estado y la desaparición del sistema socialista, así como del movimiento comunista internacional. Además, el capitalismo mundial no lo toleraría nunca. Podrían aparecer “Lenins locales” pero destinados a derrotas por la superioridad del capitalismo global y por la predestinación del extremismo moderno. Aunque el fenómeno de la antiglobalización hace ver que la competencia todavía no está terminada.

El libro de Alponte demuestra la complejidad del fenómeno “Lenin” y su predestinación en el mundo. Por eso es útil e instructivo.

Eugenio Ambartsumov
Investigador
Posgrado e Investigación